

# Juan Cruz: «Escribir es una forma de respirar»

Ana Solanes

Cuando nos encontramos en el Café Gijón, Juan Cruz ya ha escrito en su blog y ha terminado dos artículos, uno sobre Borges y Buenos Aires y otro sobre los sueños. Son sólo las once de la mañana, pero a estas horas lo normal es que este escritor canario haya experimentado ya los síntomas de su declarada «enfermedad»: la enfermedad de teclear.

Con apenas siete años escuchaba las conversaciones de los mayores en su pueblo, el Puerto de la Cruz, para después poder contarlas. Allí confeccionaba sus propios periódicos con recortes que iba encontrando, redactaba las crónicas de los partidos de fútbol y dividía sus pensamientos en columnas: este a tres, este, a cuatro. Sin saberlo ya era periodista.

De esa pasión por su profesión, y de otras pasiones, del descubrimiento de la vocación y también del amor habla Juan Cruz en su último libro, *Muchas veces me pediste que te contara esos años*, que, como casi todos los suyos, nace de su propia experiencia para mezclar los recuerdos con ensoñaciones, con anhelos, porque Cruz dice no creer en la ficción, sino en la memoria. Y la suya es prodigiosa. En un momento me cuenta cómo llegó a este café lleno de historia el primer día que voló a Madrid desde Tenerife y se acuerda de que perdió unos poemas en el avión, y de que ese mismo día escribió otro y de mil detalles nimios de aquel primer

día en la ciudad por la que cambió su mar Atlántico para trabajar en un periódico, *El País*, del que había decidido —y conseguido— formar parte y al que ha estado unido profesional y sentimentalmente desde su fundación.

Viajero incansable y amigo sistemático de sus amigos, que también suelen aparecer en sus libros y que en algunos casos, por desgracia, han ido desapareciendo de nuestras vidas en los últimos años, que para él han sido los tiempos crueles que le quitaron a Guillermo Cabrera Infante, Rafael Azcona o al propio Ángel González, Juan Cruz habla con una mezcla de pasión, pudor y precisión acerca de lo que escribe, aunque a la hora de buscar argumentos o dar explicaciones lo hace con un recurso de la modestia que consiste en apoyarse en frases de autores que admira, igual que si sus propias opiniones necesitaran el respaldo continuo de los maestros, y siguiendo ese mismo camino suele explicar algunos de sus puntos de vista convirtiendo en fábulas de vocación moral, o como mínimo didáctica, diferentes episodios del anecdotario interminable que ha ido acumulando en muchos años de cercanía con algunos de los escritores más sobresalientes de nuestro idioma, de Mario Vargas Llosa a Carlos Fuentes y de José Manuel Caballero Bonald, Juan Carlos Onetti o Mario Benedetti a Juan Marsé.

Juan Cruz (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1948), tiene fama de hiperactivo, hasta el punto de que hay quienes, exagerando su ya de por sí increíble capacidad de trabajo, le atribuyen el don de la ubicuidad. Su amigo Ángel González, por ejemplo, contaba que una noche se cruzaron en el cielo el Puente Aéreo que hacía el recorrido Madrid-Barcelona con el que llegaba en sentido inverso, de Barcelona a Madrid... y que en los dos aviones iba Juan Cruz. Lo que sí es cierto es que este escritor y periodista canario lo es a fondo, y lo mismo que en su faceta profesional se desdobra en la prensa escrita, la televisión y la radio, en su otra vocación, que es la literatura, también ha tocado casi todos los géneros, desde la poesía a la narrativa, pasando por el ensayo y la autobiografía. O, en varias ocasiones, haciendo una mezcla de memoria y fantasía que hace difícil saber dónde acaba la confesión y empieza la ficción. Es el caso de libros como *La foto de los suecos*, *Ojalá octubre* o *Retrato de un hombre desnudo*. En otros como *Una memoria de El País*, ha contado sus experiencias en el mundo

tumultuoso de la Prensa, que es también el telón de fondo de su última obra y también de esta entrevista.

– *En este libro habla con su yo, con su conciencia. «No sé muy bien si soy este que escribe o aquel para quien yo escribo». ¿Sentía la necesidad de contarse los años que aún no había explicado, esos años de juventud en los que descubrió que era periodista, en los que descubrió el amor?*

– En realidad cuando uno se pone a escribir hay una urgencia impuesta no por uno mismo, sino por alguien que habita dentro de uno. Esta mañana tuve que escribir un texto sobre Buenos Aires que me pidieron de *Clarín*. Yo amo a Buenos Aires, me parece una ciudad extraordinaria. Pero la tenía en la cabeza y no la tenía en las manos. Y siempre que me pongo a escribir un libro me pasa eso, noto que lo tengo en la cabeza, pero no en las manos. A veces se aloja aquí, en el pecho, como una especie de miedo, de melancolía. Un vacío que tienes que llenar, y el vacío que tienes que llenar es el vacío del que viene aquello que tienes que llenar. Y este libro nació de la sensación de que hay épocas en mi vida que yo no he sabido explicar y hay momentos en que eso se convierte en una urgencia y es entonces cuando te pones a escribir. Y luego te encuentras con dificultades técnicas, por así decirlo, una de ellas es cómo vencer el pudor. Pero eso también forma parte de la naturaleza del alma. Muchas veces el pudor es el que te lleva a escribir, a desvelarlo, como si el pudor se cansara de existir.

– *¿Se liberó por fin de ese pudor en la escritura o escribir para usted es una continua lucha contra él?*

– Yo creo que me liberé del pudor algún tiempo después de la muerte de mi madre, que fue cuando me sentí en la obligación de hablar de veras de cuál era mi origen y de lo que ocurría alrededor. Hablé de los sentimientos familiares y también del amor propio; y después, de mi padre. Y quisiera seguir contando mi vida sentimental, pero no necesariamente con mujeres de las que haya estado enamorado, sino con personas; y quisiera escribir sobre ello de una manera aún más abierta que en este libro. En el último

---

**«No sé muy bien si soy este  
que escribe o aquel para  
quien yo escribo»**

año, por ejemplo, murieron algunas personas que forman parte de mi querencia, de mi manera de concebir la amistad y la vida. Eso me ha dejado un enorme vacío y creo que ese vacío es el que ahora me reclama mi memoria que refleje. Es curioso que uno pinte o escriba lo que no existe.

– *Habla de la que ha sido siempre su pasión, su vocación, su obsesión: el periodismo. Este libro encierra también un canto de amor por su profesión.*

– Ayer se lo decía a Manu Leguineche, le contaba que yo todavía, a pesar de que voy a cumplir sesenta años, cuando voy al periódico tengo la sensación de que me van a echar, de que tengo todavía que demostrar que sirvo para ser periodista. Es una cosa entre infantil y humilde. Porque cuando la gente proviene de un origen muy humilde siempre piensa que la van a echar de las reuniones, de las amistades, de los sitios. Como si no se mereciera lo que tiene y se lo tuviera que ganar todos los días. Eso es un martirio, pero también es bueno porque te obliga. Y eso es lo que yo creo que en cierto modo me mantiene joven, si es que me mantengo joven.

– *Pero es que ya lo hicieron, ya le echaron en una ocasión, aquel primer jefe suyo; Don Ernesto, que fue también uno de sus maestros, pues le enseñó a mirar la vida como un periodista pero que un día –cuenta en el libro– lo echó a la calle...*

– Sí, sí, lo hizo para dar ejemplo a los demás, porque alguien me delató. Alguien contó que yo estaba dañando el turismo en la isla por hablar de una epidemia de tifus que había en ese momento. Pero aquel hombre era un periodista enormemente intuitivo, al que el alcohol le quitó chispa, pero que me enseñó muchísimo sobre la actitud del periodista que no se conforma, que sigue indagando, buscando, aunque él era bastante cínico. He conocido a otros periodistas extraordinarios que no se distinguían por escribir, sino por mirar, y por saber dónde estaban las cosas, cómo había que indagar y cómo había que preguntar. El lector es un misterio, pero se parece a ti.

---

**«Cuando voy al periódico tengo la sensación de que tengo que demostrar que sirvo para ser periodista»**